

Teresa León

Poemas

LA FIESTA DEL RIO

1



VENIA angosto, como una cinta obscura. Bajaba de las montañas por quebradas y llanos, dejándose caer lánguido, desde las rocas.

Las gentes pacíficas cruzaban indiferentes, tomando la precaución de levantarse las ropas hasta las rodillas.

Las chicas, más de alguna vez encaramadas sobre los hombros de algún robusto mocetón, chillonas y alegres, no dejaban que las aguas turbias humedecieran la punta de sus zapatos.

Los puentecillos, ligeros con jaulas, tendidos, de una a otra orilla, se balanceaban con el más ligero peso.

¡Y el río manso, lamiendo las piedras, se deslizaba año tras año, humildemente!

Hay otros ríos civilizados; se ven pequeñas embarcaciones, azules, rojas y blancas.

Esos ríos saben de canciones, de pequeñas columnas de humo gris que se elevan y se pierden en el cielo, de sirenas destempladas y de gritos agudos.

Nuestro pobre río no sabe nada.

Viene de la montaña, lento y torpe; atraviesa la ciudad dormida y se pierde silenciosamente en el mar.

Pero, un día, el río se hincha, rezonga, baja a tropezones, se abre en brazos y comienza a dar saltos como un loco.

Y los vecinos entonces se preocupan de la nueva canción tan extraña, como un trueno largo.

¿Es, acaso, el río?, se preguntan atemorizados.

Es el río que se ha hinchado; son sus aguas, aburridas del mismo cauce y de las mismas piedras. Viene destruyendo todo, con alegría salvaje.

Y las gentes, por primera vez, tienen que detenerse para mirar este río al que se le ha ocurrido estar de fiesta.

LA PEQUEÑA MADEMOISELLE DE BROCHE

2

La pequeña mademoiselle de Broche tiene los ojos azules y la mirada clara como la de los niños.

Los cabellos negros, despeinados y revueltos de una manera original.

La pequeña de Broche quiere ser original. Cuando llega sonriente, enseña dos hileras de dientes blanquísimos; levanta el pecho, y su cintura de por sí delgada,

se adelgaza más. Anda despacio, con paso estudiado de gallito altivo. La pequeña de broche quiere ser altiva.

Viste siempre trajes de tela muy delgada que señala sus senos de veinte años, sus muslos finos, pero con el frío del invierno que ella soporta enérgicamente, se le ponen las manitas rojas, las pobres manos trabajadoras.

Mademoiselle de Broche cose todas las noches hasta muy tarde. Se confecciona sus trajes de tela fina, ceñidos al cuerpo delgado. Ella ríe siempre, con su risa ancha; sus labios rojos ocultan la palidez del mal que la mina poco a poco.

La pequeña quiere ser admirada.

Su cabecita no discurre más que pequeñas originalidades y se hiela bajo sus vestidos de seda.

¡Pobre pequeña mademoiselle de Broche! Pasará tan pronto por este mundo que ella quiere tanto, sin dejar un solo recuerdo de sus cabellos despeinados, de su sonrisa de muñequita enferma, de su mirada clara, como la de los niños.

EL MANUEL

3

El nombre de Manuel es enorme para él, pequeño, moreno y apretado como una piedra. Sus ojos negros, como uvas, se prenden a las cosas y allí se quedan, hora tras hora. Llega con el fresco de la mañana, con

los pájaros, despierta con el día, se acurruca junto al perro y al cabrito juguetón.

Si alguien pregunta —¿qué haces? — él levanta su cara sucia y sana y ríe con sus dientes blancos y con sus hermosos ojos enormes e inexpresivos. — ¡Juego — contesta!, — ¡juego! — ¡Qué extraño es el jugar de este pequeño solitario! ¿Consiste, acaso, en mirar las montañas, el río y el cielo? ¡Qué cosas tan enormes y misteriosas ven sus lindos ojos oscuros, de bestiecita sufrida y humilde!

Cuando duerme, bajo el sol ardiente del mediodía, parece como si el mismo sol suavizara sus rayos para no abrazarlo: parece que las piedras se ablandaran con la suave carga de su cuerpo, mientras una sonrisa dulce y confiada entreabre su boca. Imagino que sólo entonces las hadas de todos los niños bajan para él. Luego despierta y vuelven a prenderse sus ojos a los cerros de piedra.

Y entre toda esta naturaleza salvaje, ruda, áspera, se moldea su alma que debe de tener algo de las rocas, de las montañas, de las nieves y de las lluvias.